

del texto, es tan sólo una primera toma de contacto con la historia de la industria de conservas vegetales de Calahorra, cuna indiscutible de su nacimiento y desarrollo, y también de su contribución a la historia general de España”.

El texto incluye gran cantidad de documentación de todo tipo, la mayoría inédita y de valor histórico fundamental (destacan por ejemplo las colecciones de etiquetas de diferentes empresas, en las que se aprecia la evolución de los diseños a lo largo del tiempo). Va acompañado así mismo de un índice onomástico que facilita mucho su consulta. En resumidas cuentas, una obra muy completa, seria, rigurosa y recomendable, nacida para convertirse en punto de referencia.

FRANCISCO ROJAS CLAROS  
*Universidad de Alicante*

EALHAM, Chris, *Vivir la anarquía, vivir la utopía. José Peirats y la historia del anarcosindicalismo español*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 338 pp.

Si hay algo que hasta ahora ha caracterizado las numerosas publicaciones sobre biografías y autobiografías de “líderes” anarquistas ha sido la tendencia a seguir un modelo basado en la hagiografía (o en los excesos elogiosos) de sus vidas y de sus logros

públicos. Ese tipo de publicaciones parecen haber olvidado al menos dos cosas importantes. En primer lugar, que el anarquismo es un movimiento de masas que reniega de la noción misma de “liderazgo” por ir en contra de las ideas de autogestión, de militancia de base y de organización autogestionaria de los sindicatos y de la sociedad en general. En segundo lugar, que aun cuando un historiador sienta fascinación por su tema de investigación debe trabajar desplegando su aparato crítico lo máximo posible, o de lo contrario pierde rigor, credibilidad y profesionalidad.

De ninguna de estas dos dolencias adolece el libro del historiador e hispanista británico Chris Ealham. El presente libro es una muestra del fascinante diálogo que se puede lograr entre lo individual (José Peirats) insertado en lo colectivo (la historia anónima del anarcosindicalismo español) y viceversa. Lo cierto es que José Peirats no sería prácticamente nadie sin el anarcosindicalismo español y el anarcosindicalismo español sería mucho menos de lo que es si no hubiera contado entre sus filas con José Peirats. De igual modo, pese a la honesta confesión del Ealham sobre su simpatía hacia los movimientos obreros en general y hacia el anarcosindicalismo en particular (17), es obvio que en sus investigaciones el historiador es altamente crítico tanto con el anarcosindicalismo como con los numerosos desatinos personales e

ideológicos de José Peirats y de otros dirigentes de la CNT. Sin ir más lejos, no oculta en ningún momento, sino que además lo estudia en profundidad, que a Peirats se le pueda catalogar –casi siempre con razón– como homófobo, anti-jipi, machista (o, mejor dicho, antifeminista), anti-intelectual, antinacionalista y anticomunista (240).

Pero, ¿quién fue José Peirats (1908-1989)? Fue un ladrillero nacido en Vall de Uxó (Castellón), militante anarquista y destacado escritor e historiador. La influencia moral e ideológica de su madre y de sus tíos maternos fue decisiva en la formación del joven Peirats. Eso, unido a la mudanza a Barcelona, supuso el despertar de su temprana militancia. Pese al trabajo duro desde niño, tuvo la suerte de ser educado en el *Ateneo Obrero Racionalista* de Sants: “Había un elemento transformador en los ateneos: aspiraban a forjar una visión contractual del mundo que aumentaría la conciencia de la clase obrera y desafiaría a la hegemonía de la capital. Muchos de los principales activistas de la CNT asistieron a las escuelas racionalistas...” (35). Teniendo como principio que la cultura libera, el componente autodidacta también fue esencial como solía ser común entre los anarquistas de la época. Así es como con tan sólo con 14 años se unió a la CNT. Durante la Dictadura de Primo de Rivera (1927-1930) se dedicó a esquivar –a veces violenta-

mente– la represión, al trabajo manual y también a cultivar su formación intelectual y como escritor obrero.

Con el advenimiento de la República la actitud general dentro de las filas de la CNT era aquella que decía que no se conseguiría absolutamente nada colaborando con la política profesional: “...los radicales como Peirats no le ofrecieron cuartel al nuevo régimen: después del forzoso interregno de la dictadura, estaban motivados y preparados para la acción directa” (67). La lucha dentro del sindicato tampoco se hizo esperar. Aquí Ealham llega a señalar hasta una triple división entre los partidarios de una CNT revolucionaria, los de una CNT sindicalista y los de una CNT anarcosindicalista (76). La diferencias se hicieron si cabe más acentuadas con la intervención de la CNT dentro del *Frente Popular* con cuatro ministros anarquistas (Federica Montseny, Joan Peiró, Juan García Oliver y Juan López Sánchez): “...los líderes anarquistas optaron sencillamente por ignorar lo que quedaba del viejo estado y aceptaron la ‘colaboración democrática’ con las demás fuerzas antifascistas por el bien de la unidad en la guerra contra el fascismo” (116). Peirats estaba en contra de ese movimiento que había llevado a la CNT a involucrarse de lleno con el Estado republicano. A partir de ahí, “la guerra, los plenos, conferencias y reuniones del movimiento libertario se organizaban como caza de brujas” (130).

Después del triunfo de Franco, el exilio no fue, sin lugar a dudas, ninguna fiesta. Peirats no siguió los pasos de Montseny ni de su compañero Germinal Esgleas, es decir, no optó por acceder a ningún pasaporte diplomático ni a ningún salvoconducto especial sino que se unió a las masas en la retirada hacia Francia: “Influido por su austera moralidad, a Peirats le disgustaron las diferentes clases de exilio y no quería privilegios ni favores. Eligió probar suerte con los demás, un gesto que le garantizaba acabar en un campo de concentración francés” (146). Después de pasar por uno de los campos de internamiento franceses se preguntó qué era mejor, si volver a España o probar suerte en el exilio. Sin ningún ápice de cobardía sabía que en España solo le esperaba la muerte, así que la decisión se tomó sola: “Si los que se quedaron en España se enfrentaron a la represión *directa* de sus cuerpos en comisarías, cárceles o delante del pelotón, la represión del exilio fue más indirecta, principalmente manifestada a través de ausencias que dejaron un enorme hueco en las vidas de los desterrados” (159-160). En diciembre de 1939, después de haber resuelto un sinfín de trabas burocráticas y económicas se embarcó hacia Santo Domingo: “Peirats nunca se adaptó a la vida en la República Dominicana” (156). Problemas económicos de todo tipo y falta de compromiso de algunos militantes le llevaron a Panamá, donde

empezó a estudiar inglés y a completar su formación. En 1946 se mudó a Venezuela. Tras su paso por Latinoamérica volvió a Europa a principios de 1947. En Francia el carácter militante se vivía más intensamente y la proximidad geográfica de España le hizo más llevadero el exilio. Pero no todo fue positivo en Francia ya que allí el matrimonio Montseny-Esgleas se había perpetuado en la dirección de la CNT y las luchas continuaron: “se tradujeron en un conflicto casi constante y culminó con su expulsión del movimiento en 1965” (166). Paradójicamente Peirats se veía exiliado de la CNT por otros exiliados o, tal como dice Ealham, se veía en una situación “caracterizada por un doble exilio: su destierro de su país de nacimiento en un país donde, como confesó ‘jamás conseguí aclimatarme en 38 años’, y de la organización que constituyó su verdadera patria” (199). El mismo año de su expulsión decidió jubilarse de la lucha militante pero no de su labor como escritor e historiador. Peirats no podía entender que mientras los militantes de la CNT se estaban dejando la vida combatiendo contra Franco, la dirección del exilio estaba empeñada en mantener una supuesta pureza ideológica estéril y, sobre todo, anacrónica. De hecho el propio Peirats se jugó la vida al poco de llegar a Francia cuando viajó clandestinamente a Madrid para financiar a la CNT del interior y en 1951 llegó incluso a ser torturado por la policía

francesa (178-183), por ostentar el cargo de secretario general de la CNT en el exilio, y por un atraco a mano armada en el que nunca participó.

A pesar de todo, siguió con su militancia activa hasta que su delicada salud se lo permitió. A medida que envejecía consideraba que la historia de la CNT necesitaba ser contada desde dentro para evitar las manipulaciones interesadas de los llamados historiadores profesionales de la época. Apodado como el Heródoto de la CNT, “ningún historiador antes o después de él se ha beneficiado del mismo acceso sin parangón a documentos raros o sensibles, fuentes internas y documentación oficial” (183). Los protagonistas de sus libros de historia –al igual que hace Ealham– no son “líderes” sino más bien “grandes colectividades de masas anónimas” (184). También dejó plasmadas sus ideas en un sinnúmero de artículos de periódicos anarquistas del exilio. De ahí que su labor como escritor prolijo sólo se pueda comparar a la pluma de su rival, Federica Montseny.

En 1976 volvió a España y vivió en primera persona el choque generacional –los jóvenes etiquetaron a aquella generación del exilio como “anarcomomias” (244), los personalismos y una nueva escisión de la CNT en 1979 (248). Todo ello dejó muy malherido a un sindicato que había contado en sus filas con casi un millón de miembros en los albores de la Guerra Civil a poco más de 7000 en 1961 (211).

Al final a Peirats “la historia no le siguió en su camino, y puede considerársele uno de los ‘perdedores’ de la historia contemporánea” (257). No obstante, pese a las traiciones internas del anarcosindicalismo –especialmente en el exilio–, pese a las peleas intestinas por cuestiones puramente ideológicas, la mayoría de los y las militantes de la CNT de aquellos años se jugaron la vida por defender sus ideales y por combatir el fascismo internacional sin esperar recompensa alguna a cambio –o si acaso, sólo disfrutar por unos breves momentos de la utopía anarquista. Si dedicarle un libro de historia a cada uno de esos y esas militantes parece casi imposible, al menos les queda el reconocimiento colectivo y que su memoria colectiva no se apague pese al pacto del olvido (252) de la llamada “Transición”. Y eso es lo que Chris Ealham ha hecho excepcionalmente bien.

PEDRO GARCÍA GUIRAO  
*University of Southampton*

LACCHE, Luigi (edit.), *Il Diritto del Duce. Giustizia e repressione nell'Italia fascista*, Roma, Donzelli Editore, 2015, 313 pp.

Como movimiento político negador del paradigma liberal, el fascismo italiano liquidó uno de sus presupuestos básicos, la separación de poderes, y con ello puso punto final (por fortuna provisionalmente) a la indepen-